

ños, trayendo una banda grande de seda llena de caracteres de escritura : « LEE, me dijo. — ¿Qué he de leer? le respondí con mi ignorancia. » Entónces el ángel me envolvió con cólera en esta tela escrita, rodeándome tan apretadamente, que casi me ahogaba, y me repitió con tono aun mas imperioso : « ¡LEE! — ¿Qué he de leer? le dije de nuevo.—LEE, en nombre de Dios, prosiguió el ángel; él ha revelado á los hombres la escritura y enseña á los ignorantes lo que no saben. » Yo repetí estas palabras del ángel. Desapareció; yo salí, anduve mucho tiempo para calmar mi espíritu yéndome á la montaña. Allí oí sobre mi cabeza una voz que me dijo : « O Mahoma, tú eres el enviado de Dios, y yo soy su ángel Namus (ó Gabriel), mensajero de Dios. » Levanté los ojos, ví al angel, y permanecí mucho tiempo confundido en el sitio en que desapareció de mi vista. »

Imposible es no ver en este sueño y en la vision imaginaria que engendró, la obsesion de una idea fija de Mahoma, en una época en que no sabia aun leer ni escribir, convencido sin embargo, por su genio interior, de que un LIBRO era el instrumento indispensable para la trasformacion religiosa de sus idólatras compatriotas.

« Valor, y regocíjate, le dijo su mujer consolada; por aquel que tiene en sus manos el alma de Ka-

didje, yo espero que vas á ser el profeta de nuestra nacion. »

## XXVI

No obstante, temiendo ella misma ser juguete de la imaginacion de su marido, y de la suya propia, apénas rayó el alba, se fué sola á la Meca para consultar al de mas edad y al mas reputado de los sabios de la nacion, al ilustre Waraca, de quien ya hemos hablado. Kadidje le contó todo lo que su marido habia creído oír y ver. « ¡Santo Dios! exclamó el anciano, que como ya se ha visto, no participaba de las idolatrías populares, leia la Biblia y entreveia el cristianismo en el horizonte de la Arabia : ¡Santo Dios! ¡sí todo eso es cierto, Namus (Gabriel), aquel que llevaba en otro tiempo los mensajes á Moisés, se ha presentado ante tu marido, y Mahoma será el apostol de los árabes! » Waraca próximo al fin de su vida, ciego ya, fué abordado al dia siguiente por el mismo Mahoma en el vestíbulo del templo. « Hijo mio, le dijo el anciano, tú serás el mensajero de Dios para traer una luz mas pura á nuestros hijos : pero

por esta causa, prepárate á las persecuciones de tus compatriotas.

## XXVII

Desde aquel día, sufriendo continuos vértigos que lo derribaban en tierra, creyó Mahoma definitivamente en sí mismo, y aceptó con resolución las penas y los peligros de la misión sobrenatural de que se juzgó encargado. Sus coloquios en sueños, en éxtasis ó en desmayos con este mensajero del cielo, Gabriel ó Namus, se multiplicaron extática ó artificialmente según lo exigía su espíritu ó el plan que había concebido para convertir al Dios único á su tribu, como los de Numa y de Egeria en el valle de Roma. Las primeras revelaciones de estos éxtasis que comunicó á los suyos fueron la unidad de Dios, la conformidad meritoria de la voluntad del hombre á la voluntad santa del Criador, las cinco oraciones diarias, precedidas de abluciones corporales, símbolo de la purificación del alma, y la fé en él mismo como profeta inspirado de Dios y órgano de sus misterios. La fé tierna y completa de Kadidje en el carácter

profético de su marido dobló la suya, disipó sus dudas, consoló sus penas, y fortificó su valor. Al revés de los grandes hombres, él tuvo su cenáculo doméstico en su casa. El islamismo comenzó como una familia. Practicóse largo tiempo en el hogar de Mahoma, antes que fuera difundido y practicado en ninguna otra reunión de coraitas. Sus primeros fieles fueron él mismo, su mujer, su sobrino, sus hijas, sus sirvientes. En un largo intervalo de tiempo pareció satisfecho de su conversión íntima y de la de los suyos á la fé pura de Abraham, esperando que Dios se contentaría con ese culto reducido por el número, y que no le pediría una propagación mas onerosa de su verdad.

Su primo, el jóven Alí, educado por él como hijo suyo, con doce años de edad á la sazón, fué, exceptuando á Kadidje, el primero y el mas decidido de sus creyentes. Acostumbrado el niño á creer en la palabra de Mahoma, no vaciló en considerar á su segundo padre como al oráculo de su entendimiento, del mismo modo que lo era de su corazón. Con un valor superior á sus años, creyó que seguía á Dios mismo siguiendo á su primo. Cuando Mahoma iba á hacer sus oraciones á las colinas próximas á la ciudad, Alí, rebelándose contra las sugerencias, la incredulidad de sus parientes y aun de su padre Abu-

taleb, acompañaba de léjos á Mahoma con un recogimiento que arrostraba y despreciaba la burla que le hacían los muchachos de su edad. Se le veía, dicen las crónicas, arrodillado ó tendido con el rostro en tierra detrás de Mahoma, imitando todos los gestos, todas las actitudes, toda la elevacion del corazón y todas las palabras de su primo. Habiéndolos seguido y sorprendido un día su padre Abutaleb en medio de sus oraciones: « ¿Qué haceis ahí, y qué religion nueva practicais? les dijo. — La religion del verdadero Dios, del Dios único, respondió Mahoma, la de nuestro padre Abraham.

« Dios me ha suscitado para dársela á conocer á los hombres é invitarlos á que la adopten. ¡O tío mio! ¡ninguno es mas digno que tú de responder á este llamamiento, de abrazar la verdadera creencia, y de ayudarme á propagarla!

— « ¡Hijo de mi hermano, replicó Abutaleb, yo no puedo abjurar la religion de mis padres; pero si te atacan por la tuya, yo te defenderé! » Y volviéndose á su hijo Alí, confiado por él á Mahoma para que lo educara en lugar de los suyos: « ¡Tu primo Mahoma no puede enseñarte nada malo, le dijo, sé pues dócil á sus inspiraciones! »

Depues de Kadidje y Alí, el tercer fiel que aceptó el islamismo ó la religion de la entera confianza en la

*voluntad de Dios*, fué Sayd, el esclavo de Kadidje, emancipado por Mahoma, y adoptado por hijo suyo. Un árabe noble y de una belleza célebre entre las tribus, llamado por esta distincion del rostro El-Atik, fué el cuarto. Cambió de nombre cambiando de Dios, y se llamó Abubekre, ó el *padre de la vírgen*, porque era padre de Aiche ó Ayescha, jóven de maravillosa hermosura, que fué despues esposa de predileccion del profeta.

## XXVIII

La adhesion franca de Abubekre á las doctrinas de Mahoma preservó al naciente islamismo de ese barniz de demencia y de ridiculo, primer sarcasmo que la preocupacion popular no deja nunca de echar sobre todo lo que choca con sus hábitos. Abubekre era uno de esos hombres que imponen respeto á la multitud, si no la arrastran consigo por conviccion. Proclamando á Mahoma su maestro, lo defendia del desprecio: y pronto se llevó tras de sí á los principales coraitas de entre la juventud elegante y guerrera de la Meca: á Otman, de la ilustre casa de los Ommia-

das, á Abderraman, hijo de Auf, á Sad, hijo de Abu-Waccas, á Zobeir, sobrino de Kadidje, á Talha, hijo de Obaydallah.

Éstos discípulos confesaron atrevidamente la unidad de Dios, la libertad del hombre en sus acciones, el mérito de la virtud, el castigo de los vicios, el deber de la conformidad de la voluntad humana con la voluntad suprema y perfecta de Dios, la inmortalidad de las almas, la recompensa ó el castigo despues de la muerte segun la vida, la limosna, la obligacion de orar, doble sacrificio, el uno corporal y el otro espiritual, ofrecidos al padre en cambio de los sacrificios cruentos, los ritos promulgados por Mahoma para atestiguar y fortalecer esta fé, especie de disciplina de su culto, que daría á conocer á los verdaderos creyentes, en fin, el carácter sobrenatural del nuevo filósofo, cuyas palabras, cuyos escritos, cuyos actos implicaban la obediencia, puesto que ellos los creían emanados de secretas comunicaciones de su espíritu con mensajeros de la divinidad. Tal fué para los árabes toda la religion del islamismo.

## XXIX

Mahoma, que no perdía nada con sus éxtasis sinceros, afectados ó enfermizos, de la lucidez política, hábil para no anticiparse á los tiempos, guardó aun su doctrina por espacio de tres años en este semi-misterio de un cenáculo de sus primeros discípulos, media luz que excitó la curiosidad sin producir escándalo. Esperaba que su secta adquiriera fuerza suficiente para resistir á la opinion pública y á la persecucion que necesariamente habia de provocar cuando se pusiera frente por frente del culto idólatra y de los interesados en sostener antiguas supersticiones. Atacar los ídolos de la Kaaba, era atacar la Meca, centro de todas las peregrinaciones de la Arabia; era atacar á los coraitas, compatriotas suyos, que eran los elegidos por las tribus para poseer, abrir ó cerrar el templo comun; era atacar el comercio, el monopolio, la fortuna pública, alimentada por el concurso anual de toda la Arabia á este templo; era sobre todo atacar los privilegios de las familias nobles de la Meca, que distribuían entre sí los sacerdo-

cios, los pontificados, las hospitalidades honoríficas ó lucrativas de las peregrinaciones.

El alzamiento contra semejante expropiacion de preocupaciones, honores, beneficios, supersticiones é intereses, debia pues de ser general. Era menester ponerse á cubierto lentamente contra esta indignacion de todas las clases, separando al principio uno por uno los miembros de aquellas familias que eran las naturales defensoras de la coalicion de la mentira, y atraerlos á la secta que debia hacer prevalecer la fé. Tal fué evidentemente el motivo de aquella contemporizacion de tres años que observó Mahoma. Tal vez empleó tambien estos tres años de prudencia, de meditacion y de conferencias con sus primeros prosélitos en preparar secretamente el código de doctrina y de legislacion que debia sustituir á las fábulas de la idolatría y á la inmoralidad de las costumbres civiles de su pueblo; tal vez le faltó el valor en el momento crítico para echar sobre su cabeza todo aquel viejo edificio de idolatrías, de tradiciones y de vicios organizados que debia envolverlo á él y á los suyos entre sus ruinas; tal vez en fin esperó que el Dios, por quien él se creia inspirado, se contentaria con que fuese filósofo sin exigir que fuera mártir!

La vida de Mahoma indica visiblemente estos diversos motivos en sus sucesivos arrebatos y sus du-

das. Pronto hallaremos una nueva prueba de esto en el curso de nuestra narracion.

## XXX

Al principio tuvo la inocente política de desinteresar al pueblo y á las grandes familias de los coraitas de los privilegios, de los beneficios y de la dignidad que se hallaban ligados con la posesion del templo y el concurso de los peregrinos. Poco importaba á la causa de la unidad de Dios que se respetara en el culto nuevo la tradicion que atribuia la fundacion de la Kaaba á Abraham, que se venerara su recuerdo, y se conservara la costumbre de la peregrinacion de Arabia, con tal que las divinidades falsas fuesen echadas de él. Mahoma, que creia firmemente en la tradicion de Abraham y en la religion pura de este patriarca, mantuvo la veneracion de la Kaaba, la peregrinacion, las ceremonias, y el concurso de las caravanas á la Meca durante el mes santo. Él tenia bastante con cambiar el ídolo en Dios. Como todos los reformadores, sabia que era preciso no desarraigárgenle inútilmente, ántes bien se debe procurar intro-

ducir la nueva savia en el árbol viejo. Las raíces del error producen así mas pronto y con mas seguridad frutos de verdad.

Despues de estas precauciones exigidas por la sabiduría humana á todas las revoluciones de dogmas, de sociedades ó de imperios, se sintió por fin impulsado por la voz íntima de su conciencia á revelar su mision. No era esta ya un secreto, era una confianza casi general en la Meca. El zelo de sus discípulos formaba un rumor sordo pero creciente, que no podia ser un misterio. Convidó, en el número de cuarenta, á sus parientes en el patio de su casa á un festin, segun la costumbre de los grandes consejos que precedian á las grandes resoluciones de los árabes. Estos eran todos los hijos y descendientes de su tio y de su padre adoptivo Abutaleb. El banquete, sobrio como la vida del desierto, se componia de arroz y de un cuarto de carnero. Mahoma lo aumentó con el alimento del alma; habló á los convidados con tanta inspiracion y persuasion, que se sintieron saciados con sus palabras. Aquellas gentes de ánimo sencillo, viéndose satisfechos con tan frugal comida, atribuian á los espíritus infernales lo que era solo debido á la magia de la palabra. Retiráronse inquietos interrogándose los unos á los otros y prometiéndose no volver á exponerse á aquellos encantos sospechosos.

Mahoma no obstante los invitó en número mayor para el dia siguiente. Todos volvieron á pesar de su repugnancia. Mahoma se esforzó en atraerse todos los individuos de su familia que no profesaban aun su doctrina.

« ¿Qué temeis? les dijo al fin de la comida. ¿Ha ofrecido jamás algun árabe á su nacion ventajas comparables á las que yo os presento? Yo os ofrezco la felicidad en esta breve vida, y la eterna en la futura. Dios me ha ordenado que llame los hombres á él. Veamos, ¿quién de vosotros quiere secundarme en esta obra? ¿quién de vosotros quiere ser mi hermano, el que ha de reemplazarme en la tierra? » La sorpresa, el terror, el respeto humano, la incredulidad contuvieron á todos. Ninguno se levantó: todos callaron; Mahoma iba á quedarse solo; pero el mas jóven de los convidados, Alí, casi niño, se levantó para secundar á su padre adoptivo, y con la sencilla generosidad de sus años exclamó: « ¡Yo, profeta de Dios! ¡yo, si otros no te siguen! »

Enternecido, con las lágrimas en los ojos, viendo en este arranque del adolescente, el último de todos los convidados, una señal del dedo de Dios que señala el punto donde los hombres no miran, Mahoma estrechó contra su pecho al mozo: Bien, le dijo, no

ruborizándose del discípulo que no se había ruborizado de él tampoco, hé aquí á Ali, á mi hijo, mi hermano, mi segundo, mi otro yo, *obedecele!* Esta elección de un niño por el INSPIRADO escandalizó y causó risa á los asistentes. Un hombre que no hallaba para seguirlo sino al mas jóven y al mas tímido de la familia, les pareció falto de sentido comun. Se levantaron mofándose, y dijeron al retirarse á Abutaleb, padre del pobre Ali: « ¡ En lo sucesivo tú tendrás que obedecer á la sabiduría y á la voluntad del menor de tus hijos! » El mismo Abutaleb, á pesar de lo mucho que amaba á Mahoma, y sin perjuicio de defenderlo contra los insultos, no podia ménos de compadecerlo como á un pariente lleno de virtud y de genio, pero á quien su genio y su virtud mismos trasportaban mas allá del sentido real de las cosas humanas.

Estas primeras predicaciones de Mahoma fueron calificadas en la Meca de visiones de un hombre de bien, cuya alma, exaltada por la meditacion, se veía colocada entre una extrema sabiduría y un poco de demencia. Miéntras se contentó con profesar en las plazas públicas, en las asambleas y el templo, el dogma majestuoso de la unidad y de la perfeccion de Dios, juntamente con los deberes de la oracion, moral suprema en las relaciones de adoracion de la criatura

al Criador, el pueblo lo escuchó sin fanatismo y sin repugnancia. Estas ideas circulaban ya, y además su elevacion era tanta, que pasaban por encima de las cabezas de los ídolos sin desacreditarlos. Pero cuando deduciendo las consecuencias religiosas de este dogma espiritualista, llegó á proscribir los ídolos que deshonraban el templo, y que usurpaban el sitio, la fé y el respeto debidos al Dios único, un grito general de indignacion se levantó contra el blasfemo. La piedad de los adoradores de los ídolos se cambió en cólera y en imprecaciones contra él. El pueblo pidió á los magnates proteccion y venganza en favor de los dioses del país.

Los grandes se reunieron; pero no se atrevieron á ensañarse con Mahoma, á quien protegía su parentesco con la poderosa familia de Abutaleb. Enviaron una numerosa diputacion, escogida entre los mas sabios y los mas conciliadores, para pedir á Abutaleb mismo, ó que reprimiera la audacia blasfema de su sobrino, ó que permitiera que la reprimiesen ellos mismos guardando él una patriótica neutralidad. « El hijo de tu hermano, le dijeron textualmente, ultraja nuestra religion; él acusa á nuestros sabios de locos, á nuestros antepasados de impiedad ó error; impídele que nos provoque, ó permanece neutro entre él y nosotros; y puesto que tú mismo no has adoptado sus

quimeras, déjanos castigar su osadía en atacar un culto que es también el tuyo.»

Abutaleb, fuera desden hacia la religion popular, fuera inclinacion secreta á la doctrina de Mahoma, ó bien susceptibilidad de orgullo de familia, ó por último esa ternura de reconocimiento que sentia en su pecho por un sobrino, que habia sido su hijo adoptivo, y que á su vez servia de padre á su hijo Ali, Abutaleb eludió el discurso de los grandes de la Meca. Él rehusó prometer una neutralidad que hubiera parecido entre los árabes un cobarde abandono de los derechos de la sangre. Mahoma, fuerte con este apoyo, continuó su predicacion en los sitios públicos.

### XXXI

Creció la indignacion: los grandes se reunieron de nuevo á la voz del pueblo. Aunque con respeto intimaron de nuevo á Abutaleb que retirara la proteccion que dispensaba á su sobrino: «Nosotros respetamos tu edad, tu nobleza, tu rango, le dijeron los oradores; pero este respeto tiene límites; te hemos rogado que cerraras la boca al hijo de tu hermano, y no lo

has hecho; nosotros no podemos sufrir impunemente las blasfemias que profiere en público contra nuestros dioses; obligale pues á callar, ó alzarémos la mano contra él y contra tí mismo; nosotros pelearémos hasta que perezca uno de los dos partidos!»

Temiendo Abutaleb las desgracias que iban á afligir al pueblo con la guerra religiosa que iba á provocar la obstinacion de su sobrino, rogó á los diputados que aguardaran, y mandó llamar á Mahoma: «Evita, pues, dijo él, ante ellos, con tono de queja y de dolor paternal, evita el atraer los males que te amenazan á tí y á los tuyos. — ¡Tio mio! respondió con triste firmeza Mahoma; yo quisiera obedecerte sin crimen; pero aun cuando se hicieran bajar al sol á mi derecha y la luna á mi izquierda para imponerme silencio, y aun cuando me amenazaran con la muerte, no renunciaria á la obra que me está ordenado emprender.» Al concluir estas palabras prorumpió en llanto por el pesar que le causaba no poder complacer á su tio, y verse rechazado por él. Dió algunos pasos para retirarse, pero Abutaleb, enternecido por su fisonomía y edificado por su conviccion: «Vuelve, le gritó, ¡hijo de mi hermano!» Mahoma se aproximó. «Pues bien, le dijo, profetiza cuanto quieras, nunca, lo juro aquí en presencia tuya y de tus adversarios, nunca te entregaré á tus enemigos.»



En fin, pensando los ancianos vencer á Abutaleb dándole otro hijo adoptivo en cambio de Mahoma, le trajeron el mas bello y el mas perfecto de los adolescentes de la Meca, á Omara, hijo de Walid, y le dijeron: «Tómalo por hijo tuyo, y entréganos á Mahoma.» Abutaleb rechazó con indignacion este comercio de su corazon: «No, no, nunca consentiré en que mateis al hijo de mi hermano.»

Los parientes y la clientela de Abutaleb, convocados por él, se reunieron á su vez; y aunque la mayor parte de ellos no pertenecian á la nueva religion, juraron por la religion de la sangre que no permitirian al partido dominante herir á Mahoma, que era su pariente y su protegido natural. Esta negativa de Abutaleb y esta franca proteccion de su poderosa casa redujeron por algun tiempo á los enemigos de Mahoma á la inaccion y á la intriga.

### XXXII

Era la época en que la peregrinacion atraia á la Meca árabes procedentes de todas las partes del desierto. Conviniéronse ellos en apostarse en los cami-

nos para prevenir á los peregrinos contra las innovaciones que un falso profeta, sobrino de Abutaleb, sembraba como un cisma en la Kaaba. «Convengamos tambien, dijeron ántes de salir de la ciudad, en lo que cada uno debe decir á los peregrinos, á fin de que nuestras concertadas palabras no se contradigan.

«¿Dirémos que es un adivino? No, porque no tiene el acento convulsivo é incoherente, ni el lenguaje lleno de consonancias afectadas de nuestros adivinos.

«¿Dirémos que es un insensato? No, porque su persona respira dignidad y reflexion.

«¿Dirémos que es un poeta? No, porque no habla en verso.

«¿Dirémos por último que es un mago? No, porque no hace milagros, porque no práctica los misterios de la magia; su magia consiste solo en la habilidad y la persuasion de sus labios.

«Digamos pues que es un enemigo público que siembra con sus artificios la desunion en las familias, que envenena los corazones, que hace separar al hermano del hermano, al hijo del padre, á la mujer del marido.»

## XXXIII

Hicieron lo que habian dicho; pero, como acontece siempre con las nuevas doctrinas, cuando contienen algunas verdades destinadas á germinar en el espíritu humano, á pesar de los hombres, las precauciones interesadas que se toman contra ellas, suelen servir á su triunfo y su gloria. El grito que se levanta para confundirlas, sirve para propagarlas; la publicidad de escándalo á que se las entrega, les da la luz y la fama que necesitan para que no mueran sofocadas en las almas. Esto sucedió con Mahoma. Todos los peregrinos á quienes los coraitas, sus enemigos, habian enseñado su nombre y hablado de sus blasfemias, quisieron ver y oír al hombre de escándalo que tanto ruido metía en la Meca. Todos se llevaron en la memoria su nombre para sembrarlo por su camino en las partes de la Arabia, adonde no hubiera llegado sin la vana prudencia de sus enemigos; cierto número de ellos se llevó tambien sus doctrinas.

## XXXIV

Entretanto, Abutaleb y sus parientes, indignados con las calumnias que los adversarios de Mahoma habian propagado contra él y su familia, se irritaron más, por motivos puramente humanos, contra las otras familias de la Meca. Ellos publicaron un desafío en versos árabes contra los que los insultaban en la persona de su pariente, y juraron morir por evitar que cayera un solo cabello de la cabeza de Mahoma. Estas disensiones llegaron hasta Yathreb (Medina), ciudad rival de la Meca. Un poeta eminente de Yathreb, llamado Abucays, escribió una epístola en verso á los coraitas excitándolos á deponer su enojo:

« Guardaos de la discordia, les decia, apartaos de esa cisterna de agua amarga y emponzoñada.

« Un hombre superior á vosotros profesa ciertas creencias religiosas; ¿qué os importa? solo el Señor de los cielos debe leer en las conciencias!

« Los ojos de la Arabia están en este momento

clavados en vosotros : en el desierto se busca el camino mirando á las cimas ! »

## XXXV

Este desafío de los Abutaleb y esta exhortacion del poeta ilustre de Yathreb á la concordia y á la tolerancia adormecieron las hostilidades armadas contra Mahoma. Los coraitas descargaron en los oscuros neófitos la rabia que abrigaban contra el profeta. Pero la derision , el desden , el epigrama lo asaltaron impunemente cuantas veces salia á orar , y aun dentro de su misma casa. Sus vecinos, que dominaban desde lo alto de sus miradores el patio interior de ella, le arrojaban inmundicias á la cabeza , cuando se recogia para hacer sus abluciones ó su oracion. Las mujeres , mas encarnizadas en el odio y mas flexibles á las insinuaciones calumniosas, se distinguian, porque estaban seguras de la impunidad , en sus inno- bles persecuciones contra el blasfemador de sus ído- los. Una de entre ellas, cuyo nombre ha guardado la historia, verdadera furia infernal de la Meca , era Oumm-Djemil , esposa de Abu-Lahab , el vecino mas

inmediato de Mahoma. Esta mujer iba todos los dias á buscar al campo las plantas espinosas , que ensan- grientan la boca del camello , y las echaba todas las noches en el umbral de la puerta de Kadidje , á fin de que la misma tierra desgarrase los piés desnudos de Mahoma al salir de su casa. Hordas apostadas de mujeres y muchachos se relevaban para perseguirlo con sus maldiciones y sus gritos cuando atravesaba las calles y aun dentro del templo. Los grandes, re- primiendo su odio, se contentaban con alejarse de él como de un leproso , cuando cruzaba el pórtico de la Kaaba , lugar ordinario de su reunion. Un dia en que los murmullos fueron mas repetidos y fuertes que de costumbre , durante todo el tiempo que él em- pleaba en dar las siete vueltas al rededor del templo, segun los ritos , se acercó á ellos despues de haber orado , y presentándoles humildemente la cabeza : « Os traigo , les dijo con resignacion , una víctima para que la inmoleis. » Algunos de ellos se conmo- vieron con aquella resignacion , y sintieron desar- mada su ira. « Retírate, padre de Cacim, le dijo ge- nerosamente uno del grupo , nosotros sabemos esti- marte y respetarte. »

Pero otros ménos tolerantes se abalanzaron al dia siguiente sobre él cuando salia del templo con ros- tros implacables y manos levantadas. « Miserable ,